

NUESTRO MEXICO BARROCO

Por Malú Huacuja

En el centro de la ciudad de México los edificios hablan. Nos cuentan historias de lo más variadas que abarcan casi todas las épocas hasta el presente. Caminamos sobre los restos de la cultura azteca; podemos visitar construcciones que datan del periodo colonial e internarnos en pequeños comercios que son también pequeños mundos y que fueron construidos durante la Revolución.

Cerca de ese majestuoso espacio recientemente rescatado que alberga a un Templo Mayor convertido en ruinas, se encuentra el edificio del antiguo Colegio de San Ildefonso. La construcción es una joya de estilo barroco que, como muchos otros rincones del primer cuadro de la ciudad, vale la pena visitar. Los muros de todos los recintos que tiene esta obra arquitectónica pueden platicarnos en secreto interesantes relatos, ya que fueron testigos de la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria, en 1867, y desde entonces de allí salieron muchísimas generaciones de hombres y mujeres que más tarde hicieron historia.

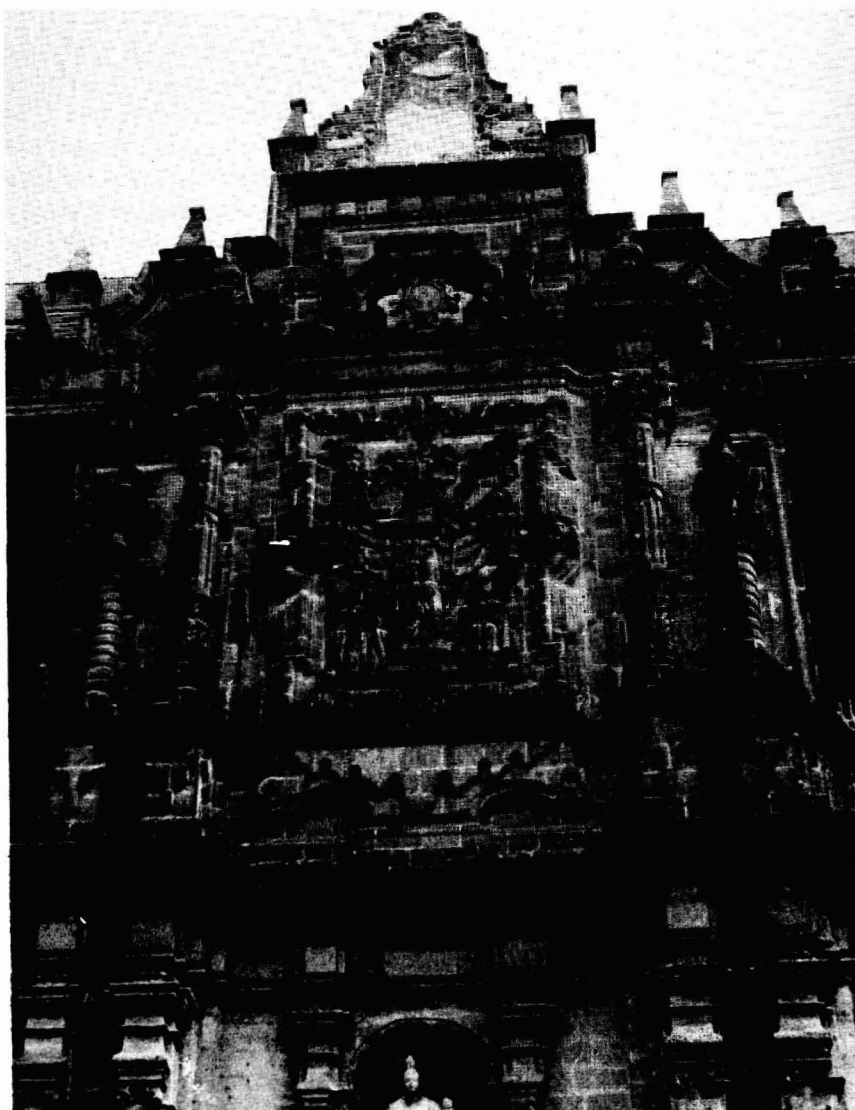
El pasado de nuestro pueblo es bastante más interesante de lo que algunos libros nos cuentan, pero a veces hace falta sacarlo del olvido. Quizá los numerosos centros arqueológicos con los que cuenta nuestro país no sean tan imponentes para aquél que no se permita imaginar cómo vivían sus constructores, qué pensaban y en qué soñaban. Afortunadamente, existen en la actualidad estudiosos a los que les atrae descubrir el mundo y las muchas vidas que pueden contar los restos de pinturas, esculturas y relieves prehispánicos. Algunos de estos especialistas iniciaron el pasado miércoles 12 de junio, allí, en San Ildefonso, un ciclo de conferencias patrocinado por la Dirección General de Extensión Académica de la UNAM, por la Coordinación de Ex-

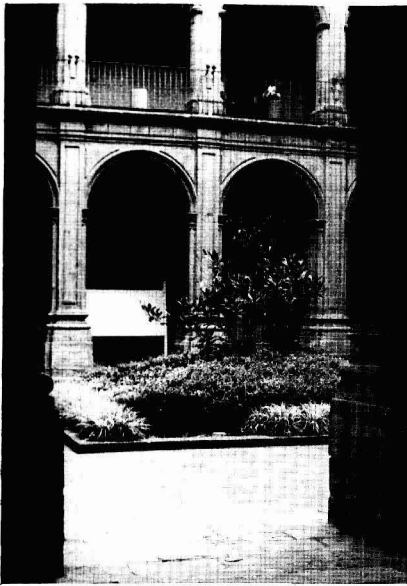
tensión Universitaria y por el Instituto de Investigaciones Antropológicas. El ciclo se tituló "La Vida Cotidiana en el México Prehispánico" y empezó con una "Introducción al estudio de los pueblos prehispánicos de Mesoamérica", expuesta por el profesor Lorenzo Ochoa. El salón en el que se impartió se ubica en el tercer patio del antiguo Colegio y, para llegar a él, puede uno atravesar el del "Colegio Grande": eso es toda una aventura. Los muros del vestíbulo perteneciente al "Colegio Grande", así como los de sus escaleras y corredores, tienen plasmadas valiosas pinturas. Ahí, José Clemente Orozco, en 1922, empezó a pintar los murales titulados "El Nacimiento del Hombre", "La Lucha contra la Naturaleza", "Hombres Cayendo", "Cristo destruyendo su propia Cruz" y "La Trinidad". Con estas pinturas él dio comienzo a un periodo de experimentación. Tuvieron todas ellas una clara influencia del doc-

tor Atl, a quien Orozco admiró profundamente hasta el año de 1915, cuando presencié un cruento saqueo a una de las iglesias de la ciudad de México dirigido por él.

Todas estas creaciones a las que me refiero fueron mutiladas en 1924, año en el que los estudiantes protestaron contra la temática que ahí se presentaba y optaron por destruirlas. Nadie es profeta en su tierra ni en su tiempo. En aquel entonces, ese hombre al que ahora se le rinden tantos homenajes por el centenario de su nacimiento (1883), era visto por muchos ojos como un rebelde cuya obra debía ser lijada, pisoteada y manchada. En un diccionario de Espasa-Calpe publicado en 1945, se lee:

"OROZCO, José Clemente.— Pintor, litógrafo y fresquista mexicano, nacido en Zapotlán, Jalisco. De origen humilde, por su propio esfuerzo ha





llegado a alcanzar uno de los primeros lugares entre los pintores contemporáneos..."

Así es: "por su propio esfuerzo", todavía podemos disfrutar de lo que su creatividad dejó grabado en el antiguo Colegio de San Ildefonso, pues aún quedan murales como "La Destrucción del Viejo Orden", "Obreros peleando entre sí", "La Trinchera" y "La Trinidad". El "Cristo destruyendo su propia Cruz" fue reformado. La cabeza de Cristo se conservó en el fresco titulado "La Huelga".

Como era de esperarse, Orozco quedó resentido ante el ataque de los estudiantes a su producción. Así, en el corredor del segundo piso perteneciente a este patio principal podemos contemplar murales de una segunda etapa en la que el pintor mexicano diseñó figuras caricaturescas. En "El Juicio Final", por ejemplo, se observa a un Dios bizco favoreciendo a los burgueses y relegando a los proletarios. También están, de esta época, "La Ley y la Justicia", "Las Fuerzas Reaccionarias" y "El Banquete de los Ricos".

Estos "cuadros repulsivos que tratan de despertar en el espectador, en lugar de una emoción estética, una furia anarquista, si está en la miseria, o un temblor de miedo en las rodillas, si es rico", como los describiera Salvador Novo, fueron motivados por la furia del artista que, en agosto del 24, después del ataque de los estudiantes contra sus obras, fue cesado de su trabajo en el Colegio.

Subir por la escalinata de "El Colegio

Grande" —nombre que se le dio a la sección principal de San Ildefonso— nos da la oportunidad de contemplar un mural donde se representa el origen del mundo hispanoamericano: Cortés y la Malinche. Por si fuera poco, el patio nombrado "Colegio Chico" conserva en los muros de sus escaleras dos obras de David Alfaro Siqueiros, tituladas "Los Elementos" y "El Entierro del Obrero". Además, en el vestíbulo principal del Colegio permanecen los trazos y colores de Ramón Alva de la Canal, así como de Fermín Revueltas. Diego Rivera, por su parte, pintó en la bóveda del anfiteatro Bolívar una obra llamada "La Creación".

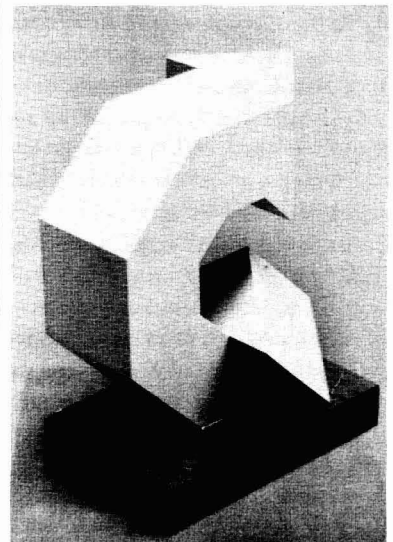
Por todo esto, visitar el edificio que por tantos años fuera la Escuela Nacional Preparatoria es más que aprender sobre historia prehispánica. Es, quizás, hablar con el tiempo y dejarse conmover con lo que grandes muralistas mexicanos nos quisieron transmitir. Es permitirse a uno mismo el derecho a la alegría de saber que aún existen en nuestra caótica y casi insultante ciudad bellos edificios en medio de los cuales nadie ha tenido, hasta el momento, la idea de construir un eje vial.

Solemos encerrarnos en el cómodo quehacer rutinario y, aunque sabemos que podríamos aprender de nuevas experiencias si aprovecháramos mejor nuestro tiempo libre, preferimos ejecutar labores que ya se han hecho costumbre; visitar lugares conocidos; repetir días pasados. Por desidia se nos van muchas oportunidades de conocer mundos de nuestra historia y, por desidia también, se nos van hasta los años. El edificio del Antiguo Colegio de San Ildefonso alberga no sólo su propio pasado, sino el de numerosos hombres ilustres. Y en las aulas donde impartiera su cátedra el maestro Justo Sierra se lleva a cabo actualmente una vida cultural. La Univesidad no sólo conserva en buenas condiciones un inmueble que ya en sí es monumento histórico, sino que en él todavía se desarrollan importantes actividades académicas. Allí se localizan el Centro Univesitario de Investigaciones Bibliotecológicas, el Centro sobre Estudios de Estados Unidos, la Filmoteca de la UNAM, el Programa Univesitario Justo Sierra, una parte de la Facultad de Contaduría y Administración y la Coordinación de Extensión Univesitaria. ◊

SECRETOS PÚBLICOS

multifacética. Cada uno de sus ángulos presenta una forma distinta. "La inestabilidad es una toma de conciencia de nuestra realidad" nos dice Hersua, ya que el movimiento es parte fundamental de su obra.

Gwendolyn se recorre y se penetra haciéndola propia, y es allí en donde se percibe la movilidad. Posee un desequilibrio perfecto, capaz de provocar la sensación de voluptuosidad. Fue concebida en el estudio de HERSUA ubicado frente a la glorieta del metro Insurgentes, después de siete anteproyectos y seis meses de intensa entrega por parte de su creador. ◊



Módulo Urbano



Gwendolyn, 1985